

Por Muriel Alarcón

“Que haya fracasado es muy bueno para la democracia porque durante 200 años estas cosas nunca fallaron. Y la clase política simplemente piensa en esto como una estampilla y asume que la gente lo aprobará. Y eso significa que cuando escriben el documento, no necesitan dimensionar en cómo pensar a la gente al respecto. Ese es un gran problema”, dice Zachary Elkins, profesor del departamento de Gobierno en la Universidad de Texas en Austin, al referirse al aprendizaje que la victoria del “En Contra” debería dejarle al país.

“Ahora la lección para bastantes de los que en el futuro redacten una Constitución es pensar en la gente que está en las urnas”, agrega.

Elkins se ha especializado en temas de democracia y diseño constitucional y se ha convertido en un reconocido estudioso de los orígenes, procesos y consecuencias de las constituciones. Ha centrado su investigación principalmente en América Latina, una región que le atrae y donde dice pasar mucho tiempo. Nacido en Colombia, hizo su tesis doctoral en Brasil, específicamente sobre la asamblea constitucional que tuvo lugar allí.

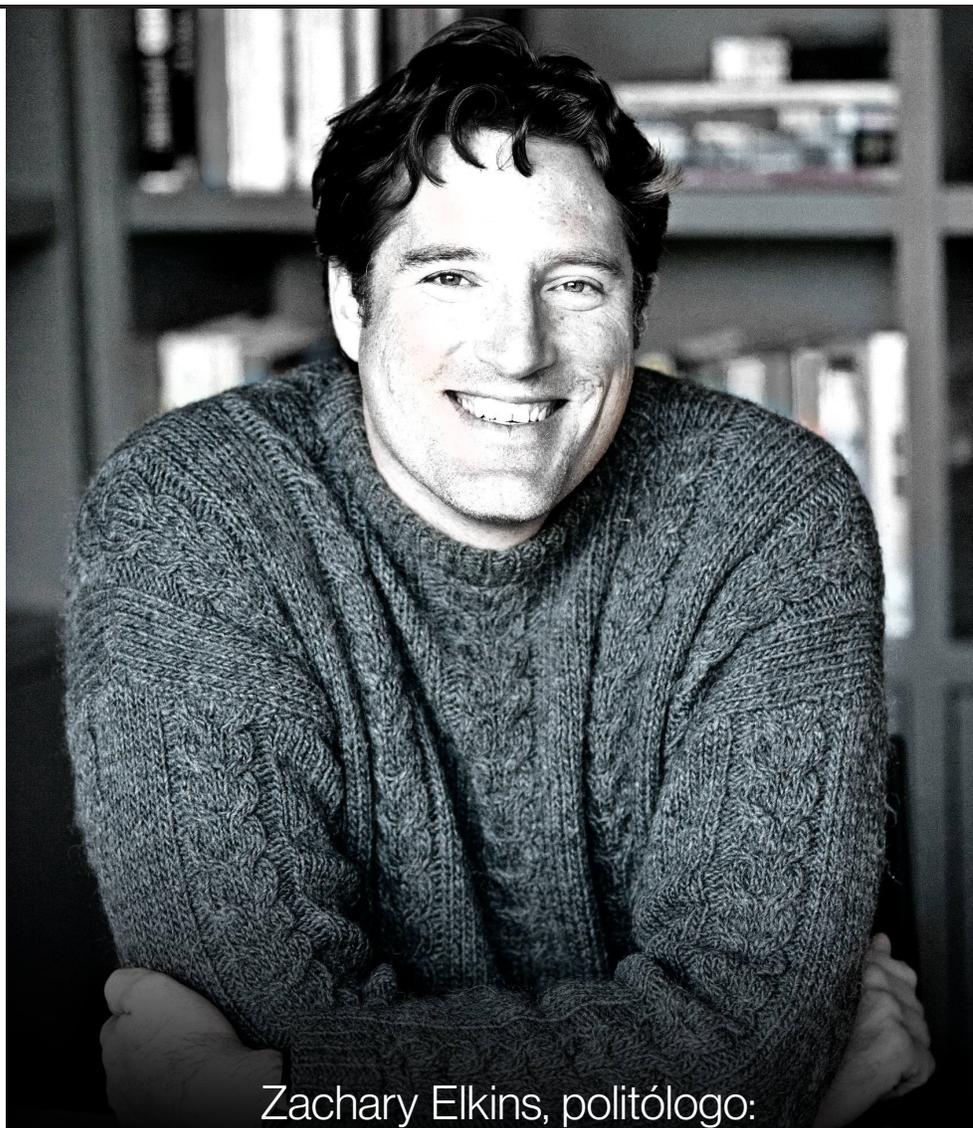
Por estos días, Elkins termina el manuscrito de su libro, “Steal this Constitution: The Drift and Mastery of Constitutional Design” (“Robar esta Constitución: la deriva y el dominio del diseño constitucional”) donde explora el diseño y la difusión de las instituciones democráticas. Además codirige el Proyecto de Constituciones Comparadas, una iniciativa global que busca comprender las causas y consecuencias de las decisiones constitucionales, y el sitio web Constitute, que da recursos y ofrece análisis para redactores constitucionales en distintas latitudes.

El académico ha seguido de cerca el proceso chileno. “Chile es un lugar políticamente fascinante”. Cuenta que colegas y amigos de la U. de Chile lo invitaron esta primavera al país por tres semanas a impartir seminarios y participar en reuniones sobre el tema.

—¿Esperaba estos resultados?

—Estuve siguiendo las encuestas de opinión pública para ambos resultados. Y entonces me quedó muy claro que la gente no estaba de acuerdo. Yo enseñé un poco sobre negociación, era claro que sería una batalla cuesta arriba. Si tomamos, por ejemplo, el borrador de 2022, la alternativa era retener la Constitución de la era Pinochet. Para la derecha, era un buen resultado. Y si esa era la alternativa, necesitabas tener todo el resto de la izquierda a bordo. Y con solo observar algo de lo que estaba sucediendo, me quedó muy claro que no necesariamente fue orquestado de la mejor manera para que todos participaran. Entonces parecía que iba a tener problemas. Así y todo, sinceramente, estos procesos me han sorprendido mucho. He recopilado datos sobre plebiscitos históricos de reemplazos de constituciones, y casi siempre tienen éxito—.

De acuerdo a la revisión histórica de Elkins, desde 1800, solo hubo once reemplazos constitucionales rechazados. Los de Chile, agrega el académico, correspondieron al doceavo y al treceavo. Pero si bien al igual que en Chile, Estonia, en 1932, rechazó dos borradores, el tercero, un año más tarde, lo aprobó.



Zachary Elkins, politólogo:

**“Estos dos fracasos son lo mejor que le ha pasado a la democracia en mucho tiempo en América Latina”**

Sobre el caso chileno, el académico de la U. de Texas en Austin dice que si bien en un proceso constituyente el documento real importa, “el proceso importa más”.

“Fue un éxito”, asegura Elkins. “Tengo entendido que el presidente Boric ya ha dicho que en esta administración no van a hacer nada más. Pero, no sé, en dos años... Se ha invertido mucha energía en esto y hay muchas ideas. Entonces, para mí, todo lo que se necesita es tener el mismo número de personas en la derecha y en la izquierda. Tener algo de inclusión y escribir algo así como el borrador de los expertos”.

—El académico Tom Ginsburg sugirió que Chile debería esperar al menos una década antes de pensar en una reforma constitucional.

—Bueno, no existe una hoja de ruta para esto. En Estonia fueron al año siguiente y lo hicieron... Y porque era evidente que la constitución de ese entonces no estaba funcionando bien. En el caso de Chile, sí, se podría esperar 10 años porque es como nosotros (EE.UU.): tenemos una Constitución realmente subóptima, pero aun así podemos salir adelante. Si bien han pasado 40 años, algunos de los cambios principales están ahí.

**“Me gusta la idea de que amateurs escriban la Constitución”**

—Que el rechazo a este plebiscito fuera menor, ¿dice que la población era más receptiva a este borrador?

—Evidentemente sí. Voy a adivinar pero parece que la gente se encontró en esta situación muy incómoda de votar por la Constitución de Pinochet. Si la izquierda votó por la Constitución de 1980, tal vez se sintieron un poco extraños al respecto. Aunque tenía muchas cosas que ofrecer a la derecha, también tenía algunas cosas para la izquierda, cosas como el derecho del consumidor y... en comparación con las constituciones actuales, simplemente tenía más cosas para la izquierda. A la Comisión de Expertos se le ocurrió algo que básicamente funcionó, y algunas de esas cosas se mantuvieron. Quizás esa sea la razón por la que obtuvo una votación ligeramente mayor. Y creo que la gente obviamente no la leyó. Nadie la leyó. Lo imagino. Entonces, ¿cómo se toma una decisión sobre una Constitución que tiene 217 artículos y 50.000 palabras que básicamente sigue las indicaciones de la gente de su partido?

—Si la gente no leyó los artículos y no sabía por lo que votaba, ¿cuál fue la razón principal detrás de su inclinación?

—Los científicos políticos tienen todos estos modelos de opinión pública y asumen que el público no entiende realmente lo que están votando. Pero el público es capaz de ver si hay consenso o desacuerdo en la clase política. La gente reconoció que había desacuerdo y que la gente de izquierda no apoyaba esto. Y quieren cumplir con su deber cívico, emitir juicios sinceros cuando van a votar, pero tampoco tienen tiempo para pensar en ello. Por eso, a veces no está claro cuál es la estrategia predeterminada. Los ciudadanos no tienen tiempo para analizar la propuesta de la clase política, sino que suponen que la clase política ha resuelto las cosas, ha llegado a algún tipo de com-



Chile es como nosotros (EE.UU.): tenemos una Constitución realmente subóptima, pero aun así podemos salir adelante”.



Podría ser como el covid, que mucha gente lo analiza, pero en realidad ya no quiere hablar más de ello porque están un poco fatigados y frustrados”.

promiso y hay un acuerdo. Y, por lo general, simplemente dicen que sí porque suponen que se ha alcanzado el compromiso. En este caso, para ellos estaba claro que no se había llegado a un consenso. Es comprensible lo que hizo la derecha, porque no tenían ningún incentivo para llegar a acuerdo. Obviamente estaban contentos con la Constitución actual. Habría sido interesante ver qué hubiese sucedido si el Consejo Constitucional no hubiera tenido gran mayoría de derecha. Si hubiera sido más equilibrado, estoy seguro de que ahora mismo habríamos tenido una Constitución aprobada y un documento un poco más comprometido. Para mí, el error fatal de todo este asunto fue que el Consejo Constitucional no fuera más inclusivo.

—¿Cómo podría haberlo sido?

—Habría que tener un voto más proporcional y más representativo de las personas. Supongo que porque al presidente Boric le estaba yendo tan mal en ese momento, la votación no estuvo muy equilibrada y la gente lo tomó como un voto en contra del gobierno. Y por eso el Consejo Constitucional estaba volcado hacia la derecha. Pero no sé si hubieran votado por sus preferencias generales, por sus partidos, tal vez hubiera sido más equilibrado. (...) El órgano deliberante debe ser inclusivo y muy representativo. Y de alguna manera, se les dio la paridad de género, que es muy representativa. Y ambos representaban muy bien a los pueblos indígenas. Entonces, en cierto modo fue representativo. Pero políticamente, en el segundo caso, no era ideológicamente representativo. En el primer caso, obviamente no incluyó suficientes miembros de la clase política, lo cual no creo que sea un problema. Me gusta la idea de que amateurs escriban la Constitución. No creo que necesariamente se necesiten legisladores, pero para lograr su aprobación, claramente se necesita que los partidos participen y puedan hacer campaña. Esa es otra lección: la campaña importa y la gente debe darse cuenta de ello.

**“Nada de esto se desperdicia”**

—Del más reciente proceso surgió el acuerdo de las 12 bases o bordes constitucionales consensuado desde los republicanos hasta el PC. ¿Podría este acuerdo ser útil en el futuro?

—Si (los partidos) pueden ponerse de acuerdo sobre los principios básicos que quieren en el documento, eso es importante. Es algo sobre lo que se puede avanzar. Esa podría ser la base de la cooperación en el futuro. Estoy interesado en algunos de los efectos sobre la política chilena y me pregunto si se están haciendo encuestas de opinión pública sobre si los chilenos ahora están más educados sobre instituciones políticas, sobre constituciones. Si están más comprometidos políticamente, cómo se sienten con respecto a la clase política. Me interesaría analizar esos datos y ver si esas hipótesis se hacen realidad. Al menos entre los académicos en Santiago, todos están mucho más conectados y se han unido a través de millo-

nes de reuniones y webinars. Eso es algo bueno en algunos sentidos.

—Esta red sólida y esta “estructura constitucional” que Chile no tenía y que hoy tiene, ¿podría dar oportunidades para avanzar hacia una futura reforma constitucional?

—Es una verdadera ventaja. Es un conjunto de recursos que pueden utilizarse, y no solo la colaboración y los contactos, sino todos los datos de todas las consultas públicas. La gente seguirá analizando y tal vez seguirá aprendiendo. Se están escribiendo tantos artículos en este momento sobre Chile. Tom (Ginsburg) y yo editamos una serie de libros y recibimos tres manuscritos de chilenos que están escribiendo libros sobre el tema. Podría ser como el covid, que mucha gente lo analiza, pero en realidad ya no quiere hablar más de ello porque están un poco fatigados y frustrados y ha sido una experiencia algo traumática. Espero que no llegue a ser así. Espero que la gente quiera sacar algo de ahí y continuar con el “momentum”.

—¿Podrá la gente volver a cautivarse con la idea de reescribir la Constitución?

—Está por verse. Creo que sí. Cada año el Congreso redacta nueva legislación y hay muchos otros proyectos. Esa es la otra cosa: debido a que la gente hablaba de la Constitución, no hablaban de otras cosas. Y sé que la gente en el gobierno estaba muy feliz de que esto no se aprobara porque en realidad podrían pasar a esas otras cosas y no tienen que hacer toda la legislación de implementación que evoluciona con la nueva Constitución. Creo que están realmente aliviados. Pero también se da el caso de que la Constitución es simplemente una gran ley y no hay ninguna razón por la que no puedan seguir trabajando en ella. Podría darse la situación de que la legislatura adopte realmente el proyecto de expertos o estos 12 principios. Y ellos, la propia legislatura, escriban la constitución. Ese es un modelo estándar en el que la legislatura en ejercicio se convierte en una asamblea constitucional y simplemente escribe la Constitución.

—En este escenario tan polarizado, ¿cuáles son las alternativas para darle el mejor provecho a todos los avances que como sociedad se han ganado con ambos procesos?

—Todo lo que Chile ha invertido en entender cuáles son los problemas y cómo queremos resolverlos, cuáles son las soluciones institucionales, todo ese trabajo preliminar puede ser increíblemente útil para seguir adelante. Nada de esto se desperdicia. Esa es una de las cosas buenas. También creo que en las constituciones, el documento real importa, pero el proceso importa más. Y después de haber pasado por este proceso, creo que esto se revelará en los datos de opinión pública, donde encontraremos que la gente está mucho más involucrada cívicamente y comprometida y es conocedora de sus instituciones. Creo que estos dos fracasos son lo mejor que le ha pasado a la democracia en mucho tiempo en América Latina.